

CONTARLO COMO FUE:
NARRATIVAS HISTÓRICAS EN SUS PROPIOS TÉRMINOS

Andrew P. Norman

Traducción Gabriela Dranovsky (UBA)

I

Algo está podrido en el estado de la cuestión de la teoría narrativa. El tiempo no ha hecho nada para corregirlo y los filósofos aún menos. Sobre el tapete está la cuestión de la legitimidad epistémica de la narrativa histórica y los debates que esto genera son tan extendidos como confusos. ¿Qué reclama el estatus epistémico a la clase de relatos que cuentan los historiadores? y ¿qué tiene derecho a reclamar, en virtud de su forma narrativa?- esa es la cuestión. Ambas respuestas, las positivas y las negativas, han sido respaldadas por argumentos que pueden parecer bastante convincentes, al menos por un tiempo. Retroceder un poco, sin embargo, puede hacer que ambas posiciones se vean extrañas y antinaturales. Negaciones de gran alcance sobre la capacidad de un relato para reflejar el pasado con exactitud son igualmente catalizadoras y desorientadoras que afirmaciones globales, que a su vez y nuevamente hacen aparecer la posición más escéptica como bastante atractiva. Las contorsiones por las que ambos, críticos y defensores de la narrativa pasan y la inestabilidad de las convicciones que generan, deberían, yo creo, hacernos sospechar de la cuestión. Las historias narrativas deberían ser tomadas en sus propios términos, y su idoneidad epistémica evaluada sobre una base de caso-por-caso.

El asunto surge porque la actividad constructiva del narrador se ve en tensión con el objetivo declarado de la historia de contar verdades sobre el pasado. Louis Mink expuso bien el problema: “Entonces tenemos un (...) dilema sobre la narrativa histórica: en tanto histórica, afirma representar, a través de su forma, parte de la complejidad real del pasado; pero en tanto

narrativa, es un producto de la construcción imaginativa, que no puede defender su afirmación de verdad mediante ningún procedimiento aceptado de argumento o autenticación”¹. Las dudas de Mink sobre la posibilidad de ese tipo de defensa, por supuesto, no han disuadido a los filósofos de tratar de proveerlas. En años recientes se han visto defensas dialécticas del modo narrativo un tanto sofisticadas. Intento examinar estos argumentos con cierto detalle y resaltar claramente tanto sus virtudes como sus defectos. Más importante, sin embargo, apunto a cuestionar el escepticismo que inspiran tales intentos.

Por lo tanto los esfuerzos recientes por defender el honor epistémico de los relatos deberían ser entendidos como una respuesta a una preocupación generalizada sobre su adecuación representacional. Estas preocupaciones, de ninguna manera, son nuevas para nuestra época y nuestros días. Para Descartes, por ejemplo, “aun las más fieles historias, supuesto que no cambien ni aumenten el valor de las cosas, para hacerlas más dignas de ser leídas omiten por lo menos, casi siempre, las circunstancias más bajas y menos ilustres, por lo cual sucede que lo restante no aparece tal como es”². Alasdair MacIntyre ve en *La Nausée* de Sartre el avance de esta idea en su forma más radical. Para su personaje Roquentin, “presentar la vida humana en forma de narración equivale siempre a falsearla”³.

La vuelta de estos sentimientos se debe en parte, sin duda, al hecho de que los filósofos han atacado a la narrativa repetidamente en el último cuarto de siglo. La influyente teoría de la explicación de Hempel como deducción de leyes [a partir de un modelo de] cobertura física (physical “covering laws”) implica, como él señaló, que la historia practicada como narrativa no es

¹ Louis O. Mink, “Narrative Form as a Cognitive Instrument” [1978], trad. Luisa Fernanda Lassaque “La forma narrativa como instrumento narrativo” En *Louis O. Mink. La comprensión histórica*. Ed. Prometeo (Bs. As, 2015)

² René Descartes, *Discourse on Method [1635]*, trad. Miguel García Morente *El discurso del método*. Ed Espasa- Calpe (Madrid, 1937).

³ Alasdair MacIntyre, *After virtue [1984]*, trad. Crítica *Tras la virtud*, Ed. Crítica (Barcelona, 1987), 282.

genuinamente explicativa⁴. Los defensores “narrativistas” de la Historia se han esforzado para contrarrestar esta acusación y en su mayor parte parecen haberse olvidado de que la mejor defensa es a menudo una buena ofensiva. Uno podría muy simplemente revertir aquí la implicación: dado que, los relatos evidentemente *sí* explican, tanto peor para la teoría de la explicación de Hempel.

La historiografía narrativa también ha sido puesta en duda por ser inapropiadamente científica. Maurice Mandelbaum, por ejemplo, argumentó que las narrativas históricas “aseguran una imperfección explicativa” e inevitablemente constituyen una “grosera distorsión del tema de discusión”⁵. Incluso Mink, quien fue, en muchos aspectos, el más ardiente y competente defensor de la narrativa, parece concluir, según David Carr que “la forma misma del discurso histórico socava sus pretensiones epistémicas”⁶. Las mismas conclusiones se alcanzaron en el continente, en donde la narrativa quedó atrapada entre los historiadores “científico-sociales”, como aquellos de la escuela Francesa *Annales*, y los teóricos como Roland Barthes, quien afirmó que “como se puede ver, por su propia estructura y sin tener necesidad de invocar la sustancia del contenido, el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica”⁷.

Y aunque la cuestión de la legitimidad cognitiva de la narrativa no es nueva, la controversia reciente le ha dado al asunto su propia formulación peculiar. La preocupación es en estos días si la “estructura narrativa” es “impuesta” por el historiador sobre un pasado “pre-narrativizado”. Lo que yo llamaré “imposicionalismo” es la idea, elevada (o descendida) al nivel de una posición filosófica, de que contar una historia sobre el pasado necesariamente

⁴ Carl Hempel, “The function of General Laws in History”, *Journal of Philosophy* 39 (1942), 35-48, y “Explanation in Science and History” en *Frontiers of Science and Philosophy*, ed. R. Colodny (Pittsburgh, 1962). Hay traducción castellana: *Carl Hempel. La explicación científica. Estudios sobre la Filosofía de la Ciencia*. Trad. Frassinetti de Gallo, Míguez, Ruiz Aused. Ed Paidós. (España, 1969).

⁵ Maurice Mandelbaum, “A Note on History as Narrative”, *History and Theory* 6 (1967), 414-415.

⁶ David Carr, *Time, Narrative and History* (Bloomington, 1986), 11. Trad. Juan Pablo Pardías. *David Carr. Tiempo, Narrativa e Historia*. Ed. Prometeo (Bs. As, 2011)

⁷ Roland Barthes, *Le bruissement de la langue* (París, 1984). Trad. C. Fernández Medrano. *El susurro del lenguaje*. Ed Paidós (España, 1988)

involucra una cierta clase de violencia interpretativa. El teórico contemporáneo que ha empujado la línea impositivista más lejos es Hayden White: “Dado que ningún conjunto determinado o secuencia de acontecimientos reales es intrínsecamente trágico, cómico, o propio de la farsa, etc., sino que puede construirse como tal sólo en virtud de imponer la estructura de un determinado tipo de relato a los acontecimientos, es la elección del tipo de relato y su imposición a los acontecimientos, lo que dota de significado a éstos (...).⁸

Construir una narración, para White, siempre implica la “proyección en los hechos de la estructura de la trama de uno de los géneros de figuración literaria”. El pasado “real” es desprovisto de significado y orden, desde este punto de vista, porque “en la narrativa histórica, los sistemas de la producción de significado peculiares a una cultura o sociedad se contrastan con la capacidad de cualquier conjunto de acontecimientos ‘reales’ de producir esos sistemas”⁹. Los ataques positivistas sobre el modo narrativo, parece, han dejado cicatrices sobre su reputación epistémica que nunca han sanado completamente.

Varias formas de violencia interpretativa o de “imposición de estructura” son comúnmente señaladas como endémicas a la construcción de una historia. Para comenzar, un historiador debe siempre *seleccionar* los hechos que utilizará, generalmente sobre la base identificable de algún criterio, interés o inclinación. Esto se sostiene comúnmente, para asegurar la imperfección radical de un relato, por no decir, garantizar su falsedad. Una *conclusión* artificial es creada por la elección del principio y del final. Los hechos, entonces, deben ser configurados de manera que creen una unidad y coherencia que sean, estrictamente hablando, foráneos al pasado mismo. “Imposición”, entonces, significa la actividad donde se aplican criterios de relevancia, se logra una conclusión y se crea coherencia y unidad- un proceso, en pocas palabras, que genera un **recuento** “entramado” del pasado.

⁸ H. White, “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory”, *History and Theory* 23 (1984) reimpreso en *The Content of the Form* (Baltimore, 1987), 44. Trad. Jorge Vigil Rubio, *Hayden White. El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992, p.61.

⁹ *Ibid*, p. 65 y p. 62.

A comienzos de los años '80 el tema de la legitimidad epistémica de la narrativa había asumido los contornos de las controversias realismo-constructivismo que los filósofos de la ciencia y los partidarios de una ética ontológica, por ejemplo, conocen muy bien. Al construir una historia narrativa ¿imponemos un orden sobre el pasado? ¿O simplemente leemos un orden que ya se encuentra allí? Lo que llamaré “realismo histórico” es la idea de que la historia existe como un determinado relato no contado hasta que es descubierta y contada por el historiador. Tal posición naturalmente se inclina en dirección a una alta estima de la legitimidad epistémica de la narrativa. Aunque raramente es explícitamente defendido, esto o algo como esto es a menudo fuertemente criticado¹⁰.

El punto importante para nuestro propósito es que [entre] aquellos alistados en contra de este realismo [se] ha incluido tanto a defensores de la narrativa como a sus opositores. Las afirmaciones del narrativismo sobre el acto de narrar como una actividad selectiva y creativa, han hecho poco, comprensiblemente, para impulsar su posición epistémica, dado que tales afirmaciones generan inmediatamente sospechas de tergiversación. Sin intención de impugnar el estatus epistémico del relato, las contribuciones narrativistas al reciente debate han tenido, de hecho, ese efecto. En síntesis, con las líneas de combate así delimitadas, el carácter abiertamente construido de la narrativa histórica ha puesto a los narrativistas a la defensiva y ha dado [la] ventaja a los impositivistas.

Una cantidad de filósofos han salido en defensa de la narrativa, sin embargo, ofreciendo argumentos innovadores para su validez cognitiva. Hay al menos dos enfoques distintivos que pueden ser percibidos en la literatura. Uno nace de una comprensión fenomenológica del mundo como “ya”

¹⁰ León Goldstein es, quizás, la notable excepción. Ver su *Historical Knowing* (Austin, 1976). Lo que estoy llamando “realismo histórico” Mink refiere como “historia universal”- una idea, dice, con profundas raíces en el proyecto moral de la ilustración y quizás, raíces aún más profundas en el sentido común. A pesar de que “rara vez se sostuvo de manera explícita” argumenta, este punto de vista es “casi universalmente presupuesto”, como se evidencia por la inteligibilidad que tiene para nosotros la idea de una crónica objetiva de la historia. Mink, 40-41

estructurado de determinadas formas definidas. Este enfoque argumenta que las narrativas no imponen un orden o inteligibilidad en donde no la hay, sino que en cambio simplemente le da voz a un pasado que ya está estructurado narrativamente. El segundo [enfoque] tiene sus raíces en la teoría del acto de habla que trata de situar y delimitar el discurso de la búsqueda de la verdad dentro de un conjunto de juegos del lenguaje más amplio y más diverso. La idea aquí es que se ha asumido erróneamente que las narrativas históricas reclaman ser *verdaderas* y en consecuencia han sido juzgadas con un estándar equivocado.

El primer enfoque defendiendo la idoneidad representacional de la narrativa, asciende a una clase de realismo moderado. El segundo, desafiando el solo ideal de la idoneidad representacional, tácitamente admite la incompetencia representacional de la narrativa, y por lo tanto aparece como una forma radicalizada de imposicionalismo. Aunque ambos desarrollan percepciones importantes que deben ser retenidas, será demostrado que describen erróneamente la forma en que construimos y tratamos las narrativas históricas y permanecen como respuestas inadecuadas al problema de su status epistémico.

II

El trabajo de Alasdair MacIntyre, David Carr, y Frederick Olafson sugiere una forma de defensa de la narrativa histórica contra las acusaciones hechas en su contra por los imposicionalistas¹¹. La afirmación de los imposicionalistas es que re-contar el pasado en la forma de un relato inevitablemente impondrá una falsa estructura narrativa sobre ella. Al explotar la percepción fenomenológica de que el mundo vivido de la experiencia cotidiana “ya” está estructurada en una cantidad de formas, hace que la respuesta sea que aquello sobre lo que contamos relatos ya está *narrativamente* estructurado. El argumento es que, porque la vida, la experiencia y el pasado vivido son coherentes e inteligibles *antes* de que comencemos a

¹¹ MacIntyre, fn3; Carr, fn 6; and Olafson's *The Dialectic of Action* (Chicago, 1979).

contar relatos sobre ellos, las preocupaciones escépticas a cerca de imponer una falsa coherencia, son infundadas.

Esta línea difiere significativamente de la del (ingenuo) “realismo histórico” mencionado anteriormente, en que relato y pasado son ahora tomadas para ser interpretadas a fondo e ineludiblemente: no se presupone la “objetividad” de ninguna. Más precisamente, ni el ingenuo postulado metafísico de un pasado-en-si-mismo ni la afirmación problemática del acceso epistemológico a dicho pasado, son dados por hecho o defendidos. Más que preocuparnos por nuestra falta de acceso a un pasado “real”, independiente de los actos humanos de interpretación y conocimiento, los defensores de esta línea siguen adelante con la tarea de describir y pensar sobre el mundo vivido: un mundo que para ellos ya estaba narrativamente estructurado.

Las consideraciones de MacIntyre sobre la “estructura narrativa de la vida humana” son una pequeña pero importante parte del argumento de su libro *After Virtue* [traducido al castellano como *Tras la virtud*]. “La narrativa” afirma, “no es la obra de los poetas, dramaturgos y novelistas, que refleja acontecimientos que no tienen orden narrativo anterior al que les es impuesto por el vate o el escritor; la forma narrativa no es un disfraz ni una decoración. Continúa diciendo, “Porque vivimos narrativamente nuestras vidas y porque entendemos nuestras vidas en términos narrativos, la forma narrativa es la apropiada para entender las acciones de los demás. Las historias se viven antes de expresarlas en palabras, salvo en el caso de las ficciones... Lo que he llamado una historia es una narración dramática representada, en la que los personajes son también autores”¹²

MacIntyre, entonces, querría que nosotros creyéramos que nuestra vida y la historia de la humanidad más ampliamente, son “narrativas representadas”. Ambos, *nuestro* pasado y *el* pasado tienen, para MacIntyre, una “estructura narrativa” anterior e independiente de cualquier acto de narración explícita. Ahora esta no es simplemente la afirmación de que

¹² Alasdair MacIntyre, 278, 279 y 283.

nosotros constante y comúnmente nos entendemos a nosotros mismos y a nuestro pasado de un modo narrativo; o sea, con la ayuda de relatos contados con mayor o menor grado de detalle. MacIntyre quiere ser interpretado bastante literalmente cuando dice que nuestras vidas en realidad *son* narrativas escénicas, que la historia de la humanidad en realidad *es* una puesta en escena de algún relato o conjunto de relatos. Él necesita hacer esta afirmación más fuerte para darle a sus consideraciones de la vida moral, la determinación, continuidad y arraigo que necesita frente al hecho de que las prácticas discrepantes dan lugar a virtudes en conflicto¹³.

De cualquier modo, es sólo porque esta fuerte afirmación es hecha que la posición articulada aquí representa una respuesta al imposicionalismo -una defensa del estatus epistémico de la. Porque la estructura narrativa realmente es inherente a aquello sobre lo que escribimos historias narrativas, contar un relato sobre el pasado no es una cuestión de imponer dicha estructura sobre ella. Como Carr dice:

Si no me equivoco al pensar que la estructura narrativa impregna nuestra experiencia del tiempo y nuestra existencia social, independientemente del hecho de que podamos contemplar el pasado como historiadores, entonces tendremos forma de responder la acusación de que la narrativa no es más que un escaparate o un envoltorio, algo que atañe solo secundariamente a nuestro conocimiento del pasado¹⁴.

La idea de la estructura narrativa de la experiencia humana (MacIntyre usa "vida" donde Carr habla de "experiencia")

Nos permite corregir la idea de que la estructura en general, y la estructura narrativa en particular, se imponen por sobre una experiencia humana intrínsecamente desprovista de ésta, idea según la que de la estructura no es más que un artificio, algo no "natural", forzado, que distorsiona o violenta la verdadera naturaleza de la realidad humana¹⁵.

¹³ Para una explicación convincente de las contorciones que atraviesa MacIntyre para encontrar determinación para la vida ética, ver Pablo DeGreiff's "Against Imposed Images of the Self", disponible en *Sistema*.

¹⁴ Carr, 43.

¹⁵ *Ibid*, 83.

Esta visión tiene varias virtudes por sobre su simple, sencillo encanto. Para comenzar, recorre un largo camino hacia la corrección de cierto “prejuicio atomista” que ha sido parte, por mucho tiempo, del enfoque analítico de la filosofía de la historia. El argumento aquí es que, contrario a lo que muchos filósofos analíticos (especialmente los impositivistas) han asumido, el pasado no nos es dado inicial o primariamente en la forma de incidentes separados, aislados a los que luego el historiador les da una falsa coherencia narrativa. Hacer historia es tanto la disolución de un todo inicialmente discontinuo como la unión de eventos inicialmente no relacionados. La segunda guerra mundial no fue menos real, no más una ficción, de lo que fue el Día D. Y el Día D para los historiadores no son sólo los eventos que sucedieron durante un cierto período de veinticuatro horas. Nosotros entendemos la batalla como un episodio crucial de la guerra. Y sus límites y significados son establecidos en consecuencia. La identificación de eventos constitutivos raramente no causa problemas, y generalmente está guiado por una preocupación informada por una comprensión previa de un contexto histórico más amplio.

Ahora creo que esta objeción cala bastante hondo. No parece haber ninguna razón por la cual el “evento” identificado debiera gozar de prioridad epistémica por sobre estructuras históricas más amplias o más extendidas. En historia, las partes no están “dadas” de manera menos problemática de lo que lo está el todo. El impositivismo, parece, le ha dado una prioridad poco reflexiva al evento “atómico” (una noción cuestionable, en el mejor de los casos) y basó, en gran parte, su crítica a la narrativa en esta suposición engañosa. Unidad, coherencia, y estructura no pueden ser vistas como meros artefactos del trabajo del historiador. La aparición de la coherencia no debería por sí misma levantar sospechas escépticas, [al menos] no más de lo que debería la incoherencia desarticulada. En cualquier caso podría ser una imposición de un falso orden (o la falta de esto), pero tampoco debe ser así necesariamente.

Una segunda virtud del **recuento** de los reificadores de la trama (plot-reifier's) es que parece explicar cómo las narrativas históricas pueden ser

verdaderas. Un relato sobre el pasado es verdadero, para tal **recuento**, cuando esquematiza con exactitud la estructura narrativa real del pasado vivido. Este no es un resultado insignificante, dado que nosotros *sí* hablamos de que las historias deben demandar y alcanzar la verdad, y [dado] que es difícil ver de qué otra forma podríamos explicar la capacidad de una historia para ser verdadera, a la luz de la acusación impositivista de que los relatos contienen estructuras que no aparecen en el pasado en sí mismo.

En un trabajo anterior, MacIntyre había expresado interés en defender las demandas de verdad de las narrativas. “Hacer surgir la cuestión de la verdad” escribió, “no conlleva necesariamente al rechazo del mito o de la historia como la forma apropiada, y quizás como la única forma apropiada, en que ciertas verdades pueden ser contadas”¹⁶. La conclusión a la que llega en *After Virtue* parece haber sido forzada por una necesidad de explicar cómo esto puede ser posible. El razonamiento aparente no parece ser difícil de rastrear. Si los relatos del pasado tienen una cierta estructura narrativa, y al menos algunas de ellas son ciertas, entonces el pasado mismo (desde un punto de vista correspondentista de la verdad, pareciera) debe tener esa estructura también. La idea de que nuestras vidas ya están narrativamente estructuradas, entonces, representa una solución para lo que ha sido un problema de larga data para MacIntyre y por cierto, para los teóricos de la narrativa en general.

Yo no creo que necesitemos llegar a tales extremos para afirmar el status epistémico de la historia narrativa. Las Historias pueden ser verdaderas sin haber tenido estructuras isomórficas en el pasado. Tampoco necesitamos invocar o presuponer teorías “correspondentistas” de la verdad para dar sentido a tales afirmaciones. Para llamar a un relato verdadero basta con decir que lo que nos cuenta sobre el pasado en realidad sucedió- que lo que dice que fue alguna vez, [efectivamente] fue. Es cuando vamos más allá de esta

¹⁶ Alasdair MacIntyre, “Epistemological Crises, Dramatic Narrative, and the Philosophy of Science”, *The monist* 60 [1978], 457. Trad. Gonzalo Cobo, “Crisis epistemológicas, narrativa dramática y filosofía de la Ciencia” En *Estudios de Filosofía*, Vol 5. (Perú, 2003)

sencilla comprensión cuando nos encontramos con problemas. Ya que los **recuentos** de la verdad en términos de correspondencia (o alguna otra forma de isomorfismo estructural) parecen requerir que la “estructura narrativa” corresponda a ambas, historias verdaderas y aquello a lo que se refieren. Acerca de lo que la historia cuenta relatos es el pasado, y francamente, no creo que tenga sentido la noción de un pasado que “ya” está narrativamente estructurado. Para enfocar en esta crítica, preguntémosnos primero que se supone que son las “estructuras narrativas”, y luego investiguemos si son si quiera la clase de cosa que *puede* pertenecer al pasado.

¿Cómo debemos entender esta noción crucial de “estructura narrativa”? Yo no pude encontrar un **recuento** claro de esto en toda la literatura¹⁷. Pienso que es crucial para MacIntyre y para Carr que esta noción crucial permanezca sin explicación ya que cada vez que comenzamos a explicarla en detalle nos topamos con dificultades. Debería decir, inicialmente, que no pienso lo mismo de otras “estructuras” que sirven de modelo para este tipo de explicación. Decir que el pasado tiene una estructura *temporal*, por ejemplo, me parece relativamente poco problemático. Creo que también podemos conceder que el pasado vivido está al menos en su mayor parte ordenado significativamente¹⁸. Incluso podríamos decir que el pasado tal como lo conocemos está entrecruzado por la clase de inteligibilidad y estructuras significantes que las líneas del relato históricas deben rastrear al retratar ese pasado.

Mi punto aquí es que sea lo que sea una estructura *narrativa* se supone que sea, que debe ser, más que sólo estas cosas. Para merecer el modificador

¹⁷ Los primeros intentos de M. White, A. Danto, y W.B. Gallie de sacar beneficio (volver efectiva) de esta noción en términos de cadenas causales, secuencias temporales y habilidad de seguir (followability), es poco probable que sean de utilidad aquí, para los intentos de White y de Danto de desarrollar modelos causales de la narrativa- es decir, los relatos en los que el principio ordenador de la historia es que los acontecimientos posteriores son causados por los anteriores- fueron socavados por el argumento de Gallie de que los eventos antecedentes en una narrativa histórica rara vez ascienden a condiciones causales suficientes para la ocurrencia de eventos posteriores. El propio relato de Gallie, en términos de followability se enfrenta a lo que parecen ser dificultades insuperables. Además de ser demasiado vaga para ser de alguna utilidad real, la noción de una narrativa unfollowable no parece ser una contradicción en los términos.

¹⁸ “En su mayor parte” porque el pasado no está *siempre* ya dispuesto de manera significativa. Como Paul Roth me ha señalado, los pacientes en psicoanálisis precisamente a menudo sufren de una incapacidad para encontrar cualquier orden significativo con el pasado.

"narrativo," una estructura debe tener las características que son peculiares y definitivas de los relatos. Y los relatos son entidades discursivas que exhiben al menos los rastros de un argumento. No puedo pensar en ningún **recuento** de estructura narrativa que no vuelva, finalmente, a la idea de trama. Incluso una entidad discursiva sin trama es una afirmación extremadamente tenue para ser llamada un relato. Algo que no es ni discursivo ni entramado, me parece a mí, tiene aun menos [para ser llamado una historia]. Pero, supongamos que continuamos con la extensión metafórica de "narrativo" a las cosas no discursivas. Tales entidades deberían de todas formas tener algo parecido a una trama para comenzar a considerarlos "narrativamente estructurados". Por lo tanto, algo que no tenga una estructura narrativa parece derivar directamente de su falta de plot trama.

Pero ¿puede el pasado tener una trama? La noción de un pasado ya tramado es una idea que no creo que podamos comprender. Porque hablar de algo que tiene una trama es generar preguntas sobre su entramado: quien fue el autor, cómo, cuándo y para quién. La noción implica no sólo que el pasado tiene un autor, sino que también implica el hecho de un relato anterior. El "ya", por supuesto (como admite el mismo MacIntyre), significa: anterior a que el relato haya sido siquiera contado¹⁹. Dejando de lado cuestiones de autoría o audiencia, podemos preguntar: ¿Cómo y cuándo llegó a estar tramado el pasado? O el relato que entrama el pasado nunca ocurrió, [y] en tal caso la afirmación de que está en realidad entramado es dudosa, o metafórica en el mejor de los casos, u ocurrió antes de que el relato haya sido siquiera contada, lo que parece ser una imposibilidad conceptual. El punto, por supuesto, no es ni más ni menos que esto: hablar de un pasado narrativamente estructurado es, *hablando estrictamente*, un sinsentido.

Se objetará que esta refutación se basa en una negación relativamente directa de lo que MacIntyre y Carr afirman. Ya que MacIntyre sostiene que "las historias se viven antes de expresarlas en palabras", y la premisa

¹⁹ "Las historias se viven antes de expresarlas en palabras..." MacIntyre, *Tras la virtud*, 279.

reprimida en el argumento antes mencionado es claramente que para que una historia *sea* debe primero ser contada. Si una simple afirmación es tan buena como otra, ¿qué motivo tenemos para preferir una u otra?

La simple imposibilidad de un pasado ya tramado, yo sostengo, pone la carga de la prueba directamente sobre MacIntyre y Carr. Este es un peso que ellos tácitamente aceptan proveyendo argumentos para su afirmación central. Desafortunadamente estos argumentos no funcionan. El argumento de Carr toma la forma de un capítulo muy largo que nunca aborda la objeción principal, que he dado más arriba. Que el argumento de Carr plantea la cuestión central en discusión se pone de manifiesto por su propia formulación de su estrategia argumentativa: “A menos que seamos capaces de encontrar en la *experiencia* ordinaria del tiempo, ciertos *indicios* de esta relación compleja, podría pensarse que el concepto de narrativa es un concepto inadecuado”²⁰.

Una respuesta, por supuesto, es que no es suficiente con mostrar, como hace Carr un *indicio* con respecto a esto, y que, por esta razón, el concepto es torpemente inapropiado.

Pero yendo más al *quid* de la cuestión no es suficiente mostrar que nuestra *experiencia* ordinaria tiene esta forma. Notar una similitud estructural entre historias narrativas y nuestra experiencia del pasado no nos permite explicar cómo esas historias pueden ser verdaderas. Sobre el concepto de verdad que motiva estas líneas, es *sobre qué* tratan las historias que debe demostrar tener una estructura narrativa, y el hecho es que dichos relatos pretenden ser sobre el pasado y no sólo sobre nuestra experiencia del pasado. Si una narrativa histórica relata nuestra experiencia ordinaria del pasado pero no informa lo que en realidad sucedió, nosotros legítimamente no lo llamamos verdadero. Por tanto no basta con defender esta más que débil afirmación.

²⁰ Carr, 86, y el resto del capítulo dos (mis itálicas).

El único gesto que MacIntyre hace a modo de argumento aquí es bastante inteligente, pero descansa sobre un truco. La inferencia de una estructura narrativa del pasado es derivada de la idea de que es “histórica”²¹. Pero este movimiento sólo lleva a MacIntyre a dónde necesita ir, explotando el doble sentido de la palabra “historia”. Si explicamos el argumento en detalle, encontramos que su principal premisa es una falsedad disfrazada de tautología: dado que la historia (en el sentido de “nuestro relato”) tiene una estructura narrativa, la historia (en el sentido de “el pasado”) tiene una estructura narrativa. Pero cuando reconocemos esta estrategia por lo que es, los reificadores de la trama se quedan sin argumento para su afirmación central.

En pocas palabras, nuestro concepto de la narrativa no está tan radicalmente escindible del de discurso como [el concepto de] este enfoque en la defensa de la narrativa espera y/o presupone. La estructura de la narración o de la trama aparece por primera vez, si no exclusivamente, en el campo del discurso. El hecho de que una investigación histórica verídica tenga una estructura de trama no implica que el pasado que éste articula tenga una estructura de trama, [al menos] no más que el hecho de que “el cielo es azul” tenga una estructura gramatical implica que el cielo tenga una estructura gramatical²². El pasado no necesita tener una estructura gramatical para que un relato sobre él sea verdadero. Negar esto es confundir la forma discursiva con el contenido semántico: la presentación de un relato con lo que nos cuenta. Una trama, como la gramática, es una estructura que pertenece a entidades discursivas. El pasado, como el cielo, no es una entidad discursiva.

²¹ MacIntyre, *Tras la virtud*, 279: “Va quedando claro que esto nos sirve para hacernos inteligibles las acciones de otros (con las narraciones históricas), teniendo en cuenta que la acción en sí misma tiene carácter básicamente histórico”. Para el argumento que aquí se hace, lo que MacIntyre afirma explícitamente acerca de la “acción” debe ir, también, para el pasado.

²² Para Aristóteles, por supuesto, la estructura gramatical de sujeto-predicado refleja la estructura ontológica de sustancia- propiedad. No tenemos por qué negar la similitud que apoya esta analogía, por supuesto, [ni] negar que el cielo tiene una estructura gramatical.

No hemos encontrado garantía, por lo tanto para la afirmación de que el pasado está narrativamente estructurado. Tomado literalmente, es una rotunda contradicción en los términos- un simple error de categorías. Por supuesto sería muy apropiado objetar aquí que esta refutación depende de la poco caritativa conceptualización literal de la premisa central de los reificadores de la trama. Al **recuento** le va mejor si simplemente es aceptada como la metáfora que es. Ahora esta respuesta está bien, es verdadera y buena dentro de sus limitaciones. La línea de los reificadores de la trama *sí* se construye sobre una metáfora instructiva y que vale la pena. Pero a menos que se tome literalmente, la tesis de los reificadores de la trama simplemente no explica cómo las historias pueden ser verdaderas. Ni tampoco constituye una solución para el problema del estatus epistémico de la historia narrativa. Para eliminar la preocupación de que la construcción narrativa implique violencia interpretativa, esta defensa de la narrativa debe reificar las estructuras que propiamente pertenecen a los relatos, y proyectarlas sobre el pasado. Porque entonces ellas pueden ser “encontradas” allí y por lo tanto hacer la narración verdadera. Pero como hemos visto, al menos una de esas estructuras- la de la trama- pueden ser encontradas sólo en los relatos.

Y me parece a mí que el **recuento** de los reificadores de la trama sufre también en otro aspecto. Que no reconoce adecuadamente la verdadera naturaleza constructiva del trabajo del historiador. Si la estructura narrativa ya está allí, antes de la llegada del historiador, comienza a parecer que la tarea del historiador es simplemente cuestión de encontrar y más o menos leer pasivamente (y literalmente!) estructuras narrativas extraídas del pasado. Lo que ya está tramado no necesita ser tramado, y las habilidades creativas del historiador no entrarían nunca en juego. Con tal **recuento**, el pasado tiene su propio relato para contar, y el historiador se transforma en un mero taquígrafo! Esto es erróneo, sin embargo, porque (excepto en raros casos) las narrativas históricas deben ser perseguidas y se les debe dar sentido, ordenarlas y articularlas, trabajadas y vueltas a trabajar en un proceso constructivo y a

menudo minucioso. El **recuento** del reificador de la trama no hace justicia con el carácter creativo, configurador activamente de la construcción narrativa.

Pienso, entonces, que podemos seguir a los reificadores de la trama en su intento de afirmar las pretensiones de verdad de (algunas) narrativas, y [al mismo tiempo] seguir rechazando la estrategia de reificar las estructuras narrativas para validar la representación narratológica. No importa que tan integrada, coherente y estructurada “ya” esté nuestra experiencia del pasado, uno no puede negar que el historiador debe dar sentido, interpretar, y configurar retazos del pasado para construir una narración sobre él. Y esto siempre dejará lugar para sospechas o malas interpretaciones. No hay defensa global de la forma narrativa que la aísle, de una vez por todas, de las dudas escépticas.

III

El segundo enfoque en la defensa de la narrativa como una herramienta discursiva respetable no está tan preocupado porque su adecuación representacional [de la narrativa] sea justificada. Implica *meterse de lleno* en la cuestión radical de la suposición de que las historias narrativas incluso *pretenden* ser verdaderas (lo que equivale) a la demanda [de que] miramos a las historias (histories) narrativas como buscando otra cosa más que legitimidad referencial. Las historias deben ser vistas, no como simples representaciones de lo que alguna vez fue, sino prácticamente como intentos orientados a remodelar nuestra eficaz comprensión colectiva del pasado²³. El grito de guerra de este movimiento ha sido que las pretensiones de verdad pertenecen a un juego del lenguaje y las narrativas históricas a otro.

²³ La noción de Gadamer de la conciencia histórica efectual, o *Wirkungsgeschichtsbewusstsein* es útil para conceptualizar la relevancia de lo ético-político de la historia. La idea parece ser que hay un "campo" de narrativas superpuestas que dan forma a la conciencia de una sociedad de su situación histórica. Esta conciencia es "eficaz", ya que nos orienta en la práctica. El historiador, a través de la investigación y la narración, puede contribuir a reconfigurar este campo, y al hacerlo alterar el campo de posibilidades que enfrentamos, tanto individualmente como en sociedad.

Tomaré a J. F. Lyotard y Roland Barthes como los principales partidarios de esta visión, aunque hay sugerencias de [este modo de pensar] en los trabajos de Louis Mink y John McCumber, entre otros. Aunque todos estos pensadores sugieren que una defensa de la narrativa puede ser construida negando que ellos ni siquiera *demanden* verdad, ninguno de ellos sostiene esta línea consistentemente. No obstante, eso es lo que deberían hacer para que tal defensa funcione. Lo que yo llamaré *anti-referencialismo*, entonces, es una síntesis de los intentos significativos de exceptuar a las historias narrativas del “criterio de verdad”. Después de discutir los argumentos que motivan esta línea, mostraré por qué creo que fallan.

Lyotard argumenta que el conocimiento narrativo y el conocimiento científico pertenecen a diferentes juegos del lenguaje. El “saber científico exige el aislamiento de un juego de lenguaje, el denotativo; y la exclusión de los demás. El criterio de aceptabilidad de un enunciado es su valor de verdad”. Tal conocimiento, sin embargo, es “aislado de los demás juegos de lenguaje cuya combinación forma el lazo social. Ya no es un componente inmediato y compartido como lo es el saber narrativo”. El conocimiento narrativo científico y el “no científico” pertenecen a marcos de reglas “paralelos”. El conocimiento denotativo requiere evidencia, argumentación y pruebas, pero [el conocimiento narrativo] “no valora la cuestión de su propia legitimación, se acredita a sí mismo por la pragmática de su transmisión sin recurrir a la argumentación y a la administración de pruebas”. Por lo tanto “no se puede, pues, considerar la existencia ni el valor de lo narrativo a partir de lo científico, ni tampoco a la inversa: los criterios pertinentes no son los mismos en lo uno que en lo otro”²⁴.

Lyotard piensa que las declaraciones denotativas “encuentran fácilmente sitio” en narraciones, pero insiste en que las narrativas constituyen una clase de conocimiento que debe ser aislado del “criterio de verdad”²⁵. Lyotard no detalla cuidadosamente lo que quiere decir en este

²⁴ Jean-Francois Lyotard, *The Postmodern Condition: A report on Knowledge* (Minneapolis, 1984), 25-27. Trad. Mariano Antolín Rato, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Ed. Cátedra, (Madrid, 1987) 23-24.

²⁵ Lyotard, 19, 25.

último punto, pero presumiblemente quiere decir que los relatos- incluyendo nuestras historias- no responden al criterio de ser verdaderas. Mink alguna vez habló de la misma manera. Al tratar de construir una “defensa racional contra el imperialismo de las metodologías” llegó hasta a afirmar que las narrativas históricas “no está[n] sujeta[s] a confirmación ni a refutación”²⁶.

Barthes nota críticamente que “la narración de acontecimientos del pasado” ha estado, en nuestra cultura, “sujeta a la sanción de la ‘ciencia’ histórica”, e históricamente “ligada al estándar subyacente de lo ‘real’”²⁷. Piensa que esto es desafortunado y concluye:

Por tanto hay que descartar las afirmaciones relativas al “realismo” de la narrativa (...) La función de la narrativa no es “representar”, es constituir un espectáculo (...) La narrativa no muestra, no imita (...) “Lo que tiene lugar” en una narrativa es, desde el punto de vista referencial (realidad), literalmente nada; “lo que sucede” es sólo lenguaje²⁸.

El anti-referencialismo, entonces, debe ser visto como parte del movimiento- desde Wittgenstein pasando por Austin hasta la teoría del acto de habla contemporánea- para corregir la omisión y la mala percepción que trae aparejada la visión del lenguaje como un medio puramente representacional. Apunta a sacar a la luz las, a menudo, oscuras dimensiones normativas, performativas y prácticas del uso del lenguaje narrativo.

Situar a la narrativa y al “criterio de verdad” en esferas separadas también crea una fisura entre las ciencias naturales y las [ciencias] humanas que tiene la intención de bloquear el imperialismo metodológico del positivismo. Habermas concibe este movimiento en términos aún más amplios. Para él es parte del intento de detener la intrusión constante de la racionalidad instrumental sobre la esfera del interaccionismo simbólico que incluye a las ciencias histórico-hermeneúicas²⁹. Desde el punto de vista anti-referencialista,

²⁶ Mink, 77, 205.

²⁷ Según se cita en White, El contenido, 53.

²⁸ Ibid, 55.

²⁹ Jürgen Habermas, *Knowledge and Human Interests*, trans. Jeremy J. Shapiro (Boston, 1971), esp. El Apéndice. Appendix. No deseo incluir a Habermas entre los anti-referencialistas, porque él, que yo sepa, no

el criterio de verdad como una representación exacta ha sido erróneamente importado desde una división fundamental, y usado para descartar las narrativas históricas como epistemológicamente inadecuadas.

La narrativa, en este **recuento**, no debe ser considerada como un modo mimético. Más que ver a las narrativas históricas como referenciales, o candidatas a la verdad, los anti-referencialistas querrían que las viéramos como luchando para lograr otras virtudes discursivas tales como coherencia, alcance, y [facilidad para] ser seguidas. Si la función que persiguen es promover la comprensión, por ejemplo, entonces deben ser evaluadas de acuerdo a si consiguen o no (y en qué grado) este fin, y no de acuerdo a si se corresponden o no con lo que alguna vez fue realidad³⁰.

Por supuesto, para contar como historia más que como ficción, las narrativas deben ocuparse de los hechos, pero en líneas generales es concebida como una cuestión secundaria. John McCumber, por ejemplo, define a la narrativa para su propio propósito como la “reconstrucción de un progreso” que “apunta a la coherencia” en oposición a la “precisión”. El “re” en “reconstruir”, para estar seguro, significa que (uno) no está comprometido con la ficción... pero esto no significa que la narrativa apunte a [encontrar] la verdad histórica³¹.

Ahora me gustaría aplaudir los objetivos de este intento por proteger a la historia de la imposición de estándares foráneos, y creo que la necesidad de corregir un desequilibrio causado por una atención desproporcionada a la función representacional del lenguaje sin duda llama a medidas fuertes. Mi preocupación, sin embargo, es que los anti-referencialistas han ido demasiado

niega que la verdad es una norma adecuada para la evaluación de las narrativas. Hay traducción castellana: Jurgen Habermas, *Conocimiento e interés*, Ed. Taurus, (Madrid 1982).

³⁰ Mink argumentó a finales de 1960 que había tres modos irreductibles de comprensión: el teórico, el categorial y el configuracional. La comprensión configuracional, según él, era el fin para el que la narración era el medio adecuado. Mink, "History and Fiction as Modes of Comprehension," *New Literary History* (1969), 549ff. Hay traducción castellana: "La historia y la ficción como modos de la comprensión" En *Louis O. Mink. La comprensión histórica*, trad. Luisa Fernanda Lassaque, Ed. Prometeo (Bs. As, 2015)

³¹ John McCumber, *Poetic Interaction: Freedom, Language, and the Situation of Reason* (Chicago, 1989), xv.

lejos y han introducido distinciones arbitrarias y perniciosas para promover estos objetivos valiosos. Señalar las dimensiones del acto de narrar que dan cuenta de ella omitiendo su carácter puramente representacionales seguramente vale la pena, pero negar la función referencial de la narrativa es, igualmente, perder algo importante. Argumentar que las narrativas no deberían ser evaluadas *solamente* por su contenido de verdad, es una cosa, pero desarrollar una dicotomía que ubique a las narrativas en un juego del lenguaje completamente aparte de la verdad, es otra cosa.

El hecho es que las narrativas históricas en su mayor parte *sí* pretenden contarnos cómo fue el pasado. Consisten en aseveraciones *sobre* el pasado, y tratan de contarnos lo que realmente ocurrió. Esto significa precisamente que las historias narrativas pretenden referir- que ellas aspiran [a la] verdad. Además, generalmente son ofrecidas para un examen crítico con el conocimiento de que el derecho a aseverarlas puede ser revocado por la incapacidad de defenderlas exitosamente contra desafíos significativos. Las historias *sí* pertenecen- y adecuadamente- a juegos del lenguaje donde se debe dar evidencia a nuevas demandas, desafíos a la verdad de un **recuento** dado, son a menudo apropiados, y dónde la confirmación o disconfirmación, de hecho, ocurren. Es sumamente artificial, para no decir abiertamente peligroso, declarar que la cuestión de si una narración histórica es o no es verdadera no es una buena pregunta, o algún tipo de categoría errónea. Esta es a menudo una cuestión perfectamente apropiada, y en ocasiones es de máxima importancia que sea respondida. Las recientes historias revisionistas que declaran que el Holocausto nunca existió, por ejemplo, cuestionan la verdad de los relatos admitidos y ellos mismos llaman a [la] inmediata rectificación [de los mismos]. Simplemente no habría que eximir a tales historias del “criterio de verdad”. Como dice MacIntyre: “Es de gran importancia que nuestras historias seas verdaderas”³².

IV

³² MacIntyre, “Crisis epistemológicas”, 98.

El desglose de ambas defensas de la narrativa, la de los reificadores de la trama y la de los anti-referencialistas, nos vuelve a arrojar otra vez sobre la cuestión de la legitimidad epistémica del relato. ¿Cómo puede responderse brevemente la acusación impositivista de reificar estructuras argumentales o de sacar a las narrativas, por completo, del juego de la verdad? La acusación, nuevamente, era que arrojar el pasado dentro de la forma de una narrativa, inevitablemente falsifica ese pasado imponiéndole una estructura foránea. Yo no creo que un argumento demoledor en contra del escepticismo sea posible. Pero sí creo que podemos indicar, de manera preliminar, una forma en la cual la conclusión escéptica del impositivismo pueda ser razonablemente evitada.

La primera cuestión para notar es que un argumento avanzado anteriormente (bloquear la inferencia a las estructuras narrativas reales) puede ser usado nuevamente aquí contra la acusación impositivista. El hecho de que una representación discursiva tenga una estructura que aquello a lo que representa no la tiene, no implica en sí mismo que una imposición falsa haya tomado lugar. Hacer esta inferencia reflexivamente es nuevamente confundir la forma discursiva con el contenido semántico. La estructura discursiva no es inherentemente falsificadora, porque constituye la condición positiva de la posibilidad del lenguaje de tener *algún* contenido semántico- de ser capaz de representar o [hasta de] ser verdadera. (Esto es tan cierto de simples declaraciones descriptivas como de las narrativas. Sin las estructuras gramaticales que son una parte necesaria de cualquier lenguaje, ni siquiera habría candidatos para la verdad o para la falsedad, y “verdadero” no tendría significado. Lo que se sigue de esto es que debemos aceptar dicha estructura como no-falsificadora si [queremos que] la idea de verdad continúe teniendo sentido). Una narrativa, por cierto, *podría* imponer una falsa coherencia o simplemente captar mal el pasado, pero no [es así] *necesariamente*.

El segundo argumento contra el impositivismo, brevemente, es que no caracteriza adecuadamente al proceso de hacer historia. Es innegable que los

historiadores deben seleccionar, descifrar, interpretar, organizar, etc. pero decir que esto constituye una *imposición* sobre el pasado implica una violencia que “pierde [de vista] el carácter dialéctico adecuado” de la investigación histórica³³. Un buen historiador interactuará dialógicamente con el registro la evidencia histórica reconociendo los límites que éste le coloca sobre posibles conceptualizaciones del pasado. Aunque la huella del pasado subdeterminen los relatos que pueden ser contadas sobre el pasado, simplemente no es el caso que un historiador deba inventar e imponer para lograr una resolución específica. Los historiadores son responsables por su elección de los hechos, la redacción, la organización y la disposición y generalmente hacen estas elecciones teniendo en cuenta lo que el registro histórico apoyará. Caracterizar lo que hace un buen historiador como una imposición- o sea, en términos que sugieran violencia- está a la par con los intentos de retratar el proceso como una simple transcripción- una descripción que engañosamente implica pasividad.

Y esas preocupaciones específicas del escepticismo, que fueron mencionadas más arriba, pueden ser respondidas, brevemente, a su turno. *Por supuesto* que los historiadores seleccionan sus hechos, y obviamente los relatos que cuentan están incompletos. Pero por sí mismo esto no significa que el resultado esté distorsionado o sea falso. Decir esto es sugerir implícitamente un ideal evaluativo de una historia que es completa y no perspectiva. Pero esta mismísima idea es incoherente. Nunca he leído una historia que proclamara objetividad o completitud perfectas, ni tampoco espero hacerlo. Aprendemos a leer tales historias como contextualizadas y parciales; y eventualmente aprendemos también, que tales objeciones escépticas generales no cuentan para nada.

³³ Paul Ricoeur, *Time and Narrative* (Chicago, 1984), 70-73. Ricoeur llega a muchas de las mismas conclusiones a las que yo llego aquí, aunque su argumento parece un buen golpe más indirecto. Lo que le falta en [ser más] directo, sin embargo, [está] más que compensado en riqueza y sugestión. Hay traducción castellana: Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración*, trad. Agustín Neira, ed. Siglo XXI Editores, (1995).

Tampoco debe preocuparnos excesivamente la acusación de cierre artificial. Por supuesto que es verdad, como reconoce MacIntyre [que], “al tomar un acontecimiento como principio o como desenlace lo investimos de un significado que puede ser controvertible”³⁴. Es por eso que los historiadores a menudo se salen de su camino para situar sus relatos en un contexto más amplio de lo que sucedió antes y después. Pero el hecho de que una historia (story) debe comenzar en algún lugar y terminar en algún otro, no necesariamente [debe] engañar. Podría [hacerlo], por supuesto, pero la crítica debe asumir la carga de demostrar que lo hacen en un caso determinado. En algunos casos será posible acusarlos de una falsa imposición y en otros, el intento de hacerlo [acusarlos] será un trivial ejercicio académico.

Tampoco la aparición de coherencia, unidad, o inteligibilidad en un relato contado sobre el pasado, indica que fuerzas tergiversadoras participaron en su creación. Para formular esta argumentación uno debe asumir que el pasado inicialmente no tiene orden, coherencia o inteligibilidad. Pero no tenemos evidencia de esto. Lo que sí sabemos es que el pasado como nosotros lo experimentamos en la memoria a menudo sí tiene unidad, coherencia, e inteligibilidad. Incluso [allí en] donde nuestra experiencia inicial, inarticulada del pasado no exhibe esta coherencia, el proceso de construir un relato coherente sobre él [pasado] no necesita tener, y a menudo no lo tiene, el carácter violento de una imposición. Sencillamente, a menudo tiene el inobjetable carácter de una revelación (disclosure).

V

He argumentado que hay algo forzado y artificial en cada una de las tres principales posiciones en la filosofía de la historia. Algunos teóricos insisten, a pesar de los numerosos contraejemplos, que las narrativas históricas no pueden ser verdaderas. En oposición, están aquellos que son llevados a hacer afirmaciones ontológicas bizarras para defender el honor epistémico del relato. Finalmente, también otro grupo de teóricos ha acogido

³⁴ MacIntyre, *Tras la virtud*, 279.

la conclusión de que las historias narrativas ni siquiera reclaman [ser] verdaderas.

Cada una de estas afirmaciones surge de lo que puede ser formulado como una paradoja. Si aceptas que las historias narrativas *pretenden ser* verdaderas, y crees que algunas de ellas *son* verdaderas, entonces debes explicar cómo *pueden ser* verdaderas, dado que la construcción de los relatos trae nuevas figuras narrativas a la existencia. El sentido común admitirá la actividad constructiva y configurativa de la narrativización y simultáneamente querrá afirmar la verdad de algunas [de estas] narrativas. Con un poco de entrenamiento filosófico, sin embargo, esta visión puede verse como incoherente o al menos [como] paradójica: ¿cómo puede, un proceso que impone una estructura foránea sobre el pasado, producir historias verdaderas? La tarea es decidir cuál de las tres premisas que generan la paradoja uno [debería] descartar.

Los Imposicionalistas, como los he descrito, aceptan que las narrativas históricas pretenden referir. También creen que contar un relato inevitablemente impone una estructura falsificadora sobre el pasado, y llegan a la poco feliz (y contraria a la experiencia) conclusión escéptica de que las narraciones no pueden ser verdaderas.

Los anti-referencialistas se excluyen del problema negando que las historias narrativas siquiera proclamen [ser] verdad[eras]. Esta posición, por supuesto, está motivada mayormente por el deseo de poner en primer plano las funciones no-referenciales del discurso narrativo. Pero en la medida en que constituye una solución para este problema, debe negar el hecho aparentemente evidente de que las narrativas históricas reclaman ser tomadas como verdaderas.

Los reificadores de la trama coinciden con los imposicionalistas en que la historia (history) apunta a la verdad, pero divergen con ellos en pensar que a veces lo logra [llegar a la verdad]. Esto pone en tensión la premisa central [de los imposicionalistas] de que las narraciones

inevitablemente falsifican el pasado imponiéndole una estructura narrativa. Pretendiendo haber descubierto que el pasado ya está narrativamente estructurado, éstos teóricos reclaman méritos epistémicos únicos para el relato. En resumen, reifican la trama para que haya algo en el mundo con lo que las estructuras narrativas se [puedan] corresponder para ser verídicas.

En conclusión, me gustaría bosquejar un borrador de una actitud hacia la narrativa que escape a este trilema. He argumentado que es importante preservar una comprensión de la historia como algo que clama y a veces consigue [ser] verdad[era]. Esto significa acostumbrarse a la idea de que construir una narrativa histórica no necesariamente falsifica el pasado. Ahora, algunos argumentarán que hay una tensión no resuelta o irresoluble entre las narrativas históricas construidas y su (supuestamente) carácter referencial. En respuesta a tal visión, quisiera remarcar que algunas historias narrativas simplemente *son* construcciones verdaderas. Yo ruego que tomemos este hecho seriamente y capturemos lo que [esto] significa para la teoría narrativa. Sencillamente, *construcción no implica falsificación*. La historia narrativa podría ser *figural* en el sentido de generar nuevas figuras discursivas, y al mismo tiempo *literal*, en el sentido de pedir (y merecer) ser comprendida literalmente. *Y no hay nada contradictorio en esto*.

Hasta aquí esta línea [de pensamiento] no difiere en ningún aspecto significativo de aquella [sostenida por] los reificadores de la trama. Ambos **recuentos** afirman que las narrativas históricas proclaman y a veces alcanzan la verdad, y son confrontadas con la tarea de explicar cómo esto puede ser [posible]. Los reificadores de la trama se ocuparon de esta demanda con aseveraciones a cerca de la estructura narrativa del pasado, una “explicación” que sugiere una pronunciada tendencia a pensar en la verdad en términos de correspondencia.

La opción dialéctica que trato de articular aquí se distingue, primero, distanciándose de la teoría de la verdad por correspondencia y de todos los problemas que trae aparejada³⁵. Los **recuentos** correspondentistas están

³⁵ El problema básico es el de dar sentido a la correspondencia, detallar lo que significa de una manera no trivial.

construidas sobre el paradigma de simples observaciones descriptivas, y más allá de las dificultades, sus fortalezas, se vuelven cada vez más inadecuadas cuanto más nos alejamos de aquel paradigma. Por ejemplo, es difícil ver o decir en qué aspecto, si [es que] lo hay, una teoría científica que plantea inobservables “corresponde” al mundo. Algunos dicen que por esta razón o similares, debemos dejar de hablar de tales teorías como verdaderas³⁶. Tales recomendaciones se basan en distinciones en apariencia arbitrarias, sin embargo, y distorsionan el uso común sin un fin aparente³⁷. Cómo un juicio ético verdadero o una teoría moral pueden corresponder al mundo es quizás aún más desconcertante. Pero eso no significa que no sea verdad decir: "matar está mal." Lo mismo, creo yo, va para las historias narrativas: pueden ser verdaderas aunque nosotros no podamos encontrarle ningún sentido a la afirmación de que ellas correspondan.

Más cerca del corazón de lo que separa a esta línea del sentido común de los **recuentos** más tradicionales, sin embargo, es la cuestión de si necesitamos o queremos *alguna* teoría de [la] verdad. Realismos y anti-realismos por igual están a menudo inclinados a aceptar el peso de explicar en qué consiste la verdad. Sin embargo, hay una alternativa congruente con asumir esta carga. Está basada en la negación de que necesitamos tal cosa. La sensación de necesidad de tal teoría podría en sí misma ser cuestionada, y de hecho ha sido el blanco de críticas significativas³⁸. Sin duda, aquellos que impulsan teorías de la verdad, usarán técnicas de marketing familiares para preservar la ilusión de que necesitamos lo que ellos tienen. Sin tal **recuento**,

³⁶ Tengo en mente *The Scientific Image* (Oxford, 1980) de Bas van Fraassen, Van Fraassen insta a que dejemos de hablar de las teorías que postulan inobservables como verdaderas, con el argumento de que no tenemos ninguna garantía para asegurar nada más que su adecuación empírica o utilidad para explicar y predecir. La similitud aquí entre el movimiento realizado por van Fraassen para escapar del dilema del realismo científico, y la realizada por los anti-referencialistas para escapar de lo que es esencialmente el mismo dilema en la filosofía de la historia, es sorprendente, y por supuesto no es un accidente. Las principales posiciones en los dos campos corresponden casi exactamente, a un conjunto común de presiones argumentativas. La solución ofrecida aquí es auto conscientemente modelada en la "superación" de Arthur Fine del debate realismo-antirealismo. *The Shaky Game* (Chicago, 1986), capítulos 7 y 8. Hay traducción castellana: Bas Van Fraassen, *La imagen científica*, Ed. Paidós (Bs. As. 1996).

³⁷ Fine se burla de las distinciones de van Fraassen, que califica de "arbitrarias" y "detestables". Fine, 142-144.

³⁸ *Ibid.*, 139-142, pero ver los capítulos 7 y 8 completos.

dirán, no comprendemos realmente lo que dicen las demandas de verdad. Pero esto simplemente no es verdad. Normalmente no experimentamos un problema comprendiendo tales demandas [de verdad]. Tampoco es esto menos cierto en los casos donde se predica la verdad de los relatos. Incluso los filósofos, que cultivan una habilidad para que su comprensión de tales cosas colapse, muestran signos performativamente precisos de que comprenden muy bien [que] lo que profesan como una mistificación.

Estos intentos científicos por *describir* un presente eterno, [los] intentos éticos por *prescribir* un futuro mejor, y [los] intentos históricos por *reinscribir* el pasado puede cada uno [de ellos] ser verdad a su manera. Para aquellos con ansias de generalidades, quizás podemos decir (coloquialmente y en reemplazo de cualquier teoría apropiada de [la] verdad) el primero puede ser verdad para *contarlo como es*, el segundo para *contarlo como debería ser*, y el tercero para *contarlo como fue*. El alcance de esto en los casos específicos por supuesto variará ampliamente. No debemos esperar más precisión en este nivel de generalidad de lo que permite el tema de discusión.

Por supuesto se requiere mucho más que esto para forjar este nicho dialéctico y mostrar que es viable. Mi propósito ha sido simplemente motivar una mirada más profunda a una alternativa que evita algunas de las dificultades más recurrentes de [las] afirmaciones tradicionales. Un tratamiento más adecuado debería incluir una explicación más rigurosa de por qué una alternativa relativamente simple a tales posiciones problemáticas ha sido rara vez asumida. No intentaré dar tal explicación aquí. Vale la pena notar, sin embargo, que es extremadamente fácil generar una sensación de que la verdad de la narración requiere alguna clase de explicación. (¿Cómo es que cada narrativa histórica puede articular el pasado singularmente y aún así, de alguna manera, relatos completamente diferentes pueden revelar el mismo pasado? ¿Cómo es que puede ser al mismo tiempo figural y literal?) Podría parecer difícil comprender como esto puede ser así, pero ahora estamos en una posición para ver nuestro desconcierto como cuestionable. Esta percibida falta de comprensión ¿no podría ser el logro de un prejuicio “descriptivista” muy arraigado, la idea

errónea de que no comprendemos realmente cómo funciona la lengua hasta que podemos verla “representando” algo?

El hecho de que una narración sea el producto de un proceso creativo, una construcción que articula el pasado de forma diferente, no pone por sí mismo en peligro su verdad. Podría hacerlo, por supuesto, mal o incorrectamente, [y] en ese caso eso debería que ser señalado. Pero dicha crítica debe ser llevada a cabo sobre la base de un caso específico. Juicios globales requieren una medida externa, y las narrativas no necesitan ser tratadas como una aproximación a algún ideal exterior. Mejor, deberíamos simplemente tratar de entender a las narrativas en sus propios términos. ¿Qué más podría haber para esa comprensión, después de todo, que nuestras respectivas habilidades para construir las, recontarlas, representarlas, embellecerlas, compartirlas y disfrutarlas?

Northwestern University